

## Noticia amarga

El verano acabó de manera intempestiva, y con él se fue también una parte importante de la vida de André. De pronto, se vio embalando sus cosas para mudarse a Lima, a la horrible Lima de cielo siempre gris, a esa ciudad enorme, fría y distante de la que le habían hablado, y que era todo lo opuesto a su amada Trujillo, de sol radiante y eterno cielo azul.

Con sus escasos nueve años, su vida había dado un cambio radical: dejaba su hermosa ciudad, su casa y su escuela, y también a los pocos amigos que había logrado conseguir.

La noticia se la había dado su madre sin mayor explicación, solo le dijo que en un par de días se mudarían a otra ciudad. No hubo ningún tipo de negociación (jamás la había con su madre), tampoco aviso previo de aquel «desalojo» y mucho menos una razón aparente. Ese ya era un hecho consumado. Además,

su madre le había dicho que debía embalar lo mínimo necesario, pues la nueva casa a donde irían no tendría mucho espacio. Así, André tuvo que elegir, entre sus cosas, lo que realmente deseaba y era necesario llevar. Su gran habitación, con cientos de juguetes y libros, pronto se vería reducida a un pequeño cuarto que compartiría con su madre. Y para incrementar aún más sus males, su madre le comunicó que iban a vivir en la casa de la tía Anastasia. Su padre no iba a ir con ellos, pues su trabajo se lo impedía, aunque le había asegurado que, en cuanto pudiera, iría a visitarlo. Tampoco iba a ir Esther, la mujer que lo cuidaba mientras sus padres trabajaban y por quien André sentía mucho cariño.

A pesar de que la vida de André jamás había sido un cuento de hadas, el cambio realmente lo había tomado por sorpresa y lo enfrentó a sus más grandes temores. A su corta edad, el niño pensaba que aquellos miedos de su infancia ya habían sido superados, pero se equivocaba.

Quizás por ello, luego de escuchar el anuncio, André se encerró en su habitación y lloró en silencio su amargura. El pequeño no podía comprender por qué la vida siempre se ensañaba con él. Parecía que hacía grandes esfuerzos para arruinar su alegría.

Los padres de André trabajaban todo el día y regresaban solo por las noches, muy tarde. Casi siempre llegaban por separado, trataban de evitarse, pues la relación no iba bien y, cuando estaban juntos, las peleas surgían de la nada. André sentía siempre que estaba en medio de las disputas y no sabía qué partido tomar. Algunas eran por la comida, pues su padre se quejaba de que la madre mandaba a preparar solo platos dietéticos, servidos en porciones ridículas que su padre consideraba «para faquir» y totalmente desabridos. Ante esto, ella argumentaba que todos debían seguir un estilo de vida saludable y tener una alimentación sana y libre de grasas... Pero a su padre no le interesaba, es más, la increpaba por su conducta, le decía que estaba loca, que no olvidara que tenía un hijo en desarrollo que debía alimentarse bien. Y entonces terminaba culpándola por lo esquelético y debilucho que estaba André.

En otras ocasiones, el motivo de las riñas era el auto o el desorden de la casa. En fin, el hecho es que jamás, al menos en todos los años que André recordaba, sus padres habían tenido una cena o un fin de semana en paz. Mientras ellos gritaban y discutían, él se escabullía en silencio y terminaba refugiándose en su habitación. Y como una película repetida,

sucedía siempre lo mismo: los gritos iban en aumento hasta que uno de los dos se decidía a abandonar el recinto.

12 Entonces el silencio se apoderaba de la casa. Era el único momento de paz que ellos le regalaban. Muchas veces sus padres lo buscaban después de las peleas, pero nunca juntos. Cuando iba su madre, entraba con el rostro cubierto de lágrimas, con el maquillaje corrido y diciéndole, como siempre: «Perdona eso, mi chiquitín, pero tú sabes que esto no es mi culpa... tu padre siempre lo arruina todo, pareciera que no le importamos». Luego le daba un beso de buenas noches y se marchaba. Segundos después, entraba su padre con el mismo discurso de siempre: «Hola, campeón, ¿cómo estás? Espero que perdones el espectáculo, pero tú me comprendes... tu madre me saca de mis casillas con sus reclamos. No sé qué más quiere de mí. Bueno, campeón, a ver si el fin de semana salimos los dos juntos y nos divertimos. Buenas noches». Luego se marchaba.

Para André, lo único que resultaba claro era que no comprendía a sus padres ni sus disputas.

El niño pasaba los días encerrado en su habitación, jugando o leyendo algún libro. Era la forma que había encontrado para abstraerse del mundo.

La única que realmente lo comprendía era Esther, la niñera que lo había cuidado durante toda su vida y con quien realizaba actividades divertidas, como resolver adivinanzas o jugar al trompo. Era Esther quien le robaba una sonrisa cuando estaba triste, contándole las historias más fantásticas e increíbles que un niño hubiera escuchado. Pero pronto, en dos días para ser exacto, su mundo cambiaría, dejaría su ciudad y a su vieja y querida Esther.



## La tía Anastasia

Una tras otra, las cajas fueron descargadas en la casa de la tía Anastasia. En algunas estaba el resumen de pertenencias de André. Entonces el niño pensó en lo irónico de que toda su vida estuviera encerrada solo en un par de ellas.

Mientras los cargadores iban dejando los bultos en el suelo, André observaba el lugar que sería su nuevo hogar. La casa de la tía Anastasia estaba ubicada en el distrito de Barranco, cerca del malecón. Era una vieja casona de principios del siglo XX, muy bien conservada. Para el niño, aquella residencia parecía un viejo castillo: tenía paredes muy altas y en la fachada se veían grandes picos que simulaban ser torreones.

André no conocía a la tía Anastasia. Poco sabía de ella, solo que era una señora mayor que jamás se había casado ni tenía hijos. Ella era hermana de su difunto abuelo Lucas, por tanto, era su tía abuela.

El muchacho ingresó en la enorme mansión, cuyo piso, construido con largos tablones de madera, crujió levemente cuando caminó sobre él. Más adelante había un gran salón, donde André observó una gran cantidad de objetos antiguos dispuestos por todo el ambiente. Más que una casa, aquella edificación parecía un museo, con muebles antiguos, relojes en las paredes, y muchísimos cuadros y adornos que parecían sacados de un anticuario.

Mientras André recorría el lugar, un objeto pequeño captó su atención. Era una tortuga de cerámica muy reluciente. El niño se acercó y quiso cogerla, pero se detuvo cuando alguien le habló:

—¡Ni se te ocurra tocarla! —ordenó la voz ronca de una mujer—. Es más frágil de lo que parece y puedes romperla.

André volteó y descubrió a una delgada anciana que lo observaba mientras fumaba un cigarrillo de un olor acre.

—Perdón, solo deseaba verla de cerca —explicó tímidamente el niño.

—Puedes hacerlo desde donde estás, no es necesario que la toquetees...

El niño observó en silencio a la mujer, y esta a su vez estudió calladamente a André; parecía que ambos



trataban de adivinar los pensamientos del otro. Luego de un breve lapso, la anciana rompió el silencio:

—Tú debes ser el hijo de mi sobrina —dijo con apatía.

—Soy André. Usted debe ser la tía Anastasia...

—Te pareces a tu padre —dijo la mujer casi con reproche—, pero tienes el cabello como el de tu madre, por suerte.

—Muchos dicen que me parezco a mi abuelo Lucas...

—¿A Lucas?, ni en la sombra te pareces a mi difunto hermano —comentó la vieja con ironía—. Pero... cada persona tiene su propia opinión.

André guardó silencio mientras su tía le hablaba. No podía dejar de observar el rostro y las manos pálidos de la anciana; en especial estas, que, arrugadas y huesudas, se movían ágilmente mientras pequeñas motas de ceniza se desprendían de su cigarrillo.

—Una cosa he de decirte: mientras permanezcas en esta casa, te limitarás a quedarte en tu habitación y a ir al comedor en las horas señaladas. También puedes ir al patio a hacer cosas de niños, como jugar o correr, pero siempre manteniendo silencio y guardando la compostura.

Mientras su tía hablaba, André la observaba con fascinación. Al contrario de lo que se pudiera pensar, el niño no sentía temor o antipatía por ella, sino curiosidad, pues la anciana era una mujer muy particular y tenía una forma excéntrica de hablar y de vestir. Muchos quizás pensaban que era rara y hasta lunática, pero André no.

18

Anastasia lucía como una dama refinada de un tiempo remoto: llevaba puesto un vestido largo de color escarlata oscuro, recubierto con un encaje negro que la cubría hasta el cuello, y un cinturón grueso que marcaba su pequeña cintura. Llevaba, además, un sencillo pero hermoso collar de perlas con un guardapelo como dije. Su cabello estaba peinado con un moño sobre la nuca, lo que permitía observar unos pendientes también de perlas. Otra cosa peculiar en Anastasia eran sus gafas en forma de media luna, con lo cual completaba un aspecto particular y distintivo. Lo único que le incomodaba a André era el humo que brotaba del cigarrillo de la anciana, el cual llevaba en una boquilla larga de color negro. Al niño le pareció que, igual que en las paredes y los muebles de la casona, el tiempo se había detenido en ella, convirtiéndose así en una figura inerte más de una época olvidada.